

Febrero 2021

La Curuja

Revista Cultural Independiente - Nº 24 - Segunda época



Islas Cíes

Pepe Álvarez de Paz

Rocas cuaternarias de casiterita/ donde las gaviotas velan sus nidos/ donde nazcan crías/ listas para el vuelo/ de la blanca luna/ sin tutelas matrias/ de dioses penates./ En lo alto la luna/ que mueve mareas/ que nos sustentan,/ luz iluminada,/ niña que se esconde/ niña enamorada,/ moverá sus alas.



Fijarán sus nidos /respetando al Norte/ los cantiles ásperos./ Del nido de águila/ silente y ceniza,/ que lo ve todo./ Y de todo come./ Oculto el nutriente/ en las aguas hondas/ que el cormorán sabe,/ en la cueva oculta/ del ermitaño,/ quizá medio seco/ en el laberinto de los caracoles/ sobre la quemada.

*Los vertidos tóxicos en los humedales/ diezmados o secos,/ la pulsión suicida/
los silencios cómplices del ecocidio.*

Buscarán las calas/secretas y solas/ y las aguas mestas de los estuarios,/ las mareas vivas,/ las arenas blancas de la medialuna,/ los puertos seguros, /caldas de la Foz mestiza onde morren os barcos/ los ríos discretos que mueven molinos/ que les dieron nombre.

*Por las aguas dulces de un río vocal,/ siguiendo la ruta del cormorán,/ po-
blarán el círculo de montañas mágicas/ que en noches de luna/ alumbran el
valle con sus crestas blancas.*

EDITA: COLECTIVO CULTURAL “LA IGUIADA”

COORDINADOR: MANUEL CUENYA

FOTO DE PORTADA Y OTRAS: MANUEL CUENYA Y BENJAMÍN ARIAS BARREDO

ISSN: 2530 – 2051

DEPÓSITO LEGAL: LE – 760 – 2009

.....

Índice

Pepe Álvarez de Paz

Islas Cíes. 2

Benjamín Arias

Recuerdos de mi niñez en Noceda del Bierzo. 4

Manuel Cuenya

A nuestra querida paisana berciano-porteña Isolina. 20

Javier Arias Nogaledo

La cantina de las Traviesas...... 23

Margarita Álvarez Rodríguez

Palabras de nieve sobre montañas leonesas. 27

José Antonio González

Emigrante. 30

Víctor Rodríguez

Molinos de oro. Noceda del Bierzo - Taramundi...... 33

Recuerdos de mi niñez en Noceda del Bierzo

Benjamín Arias Barredo

A través de la revista cultural *La Curruja*, que creara nuestro gran amigo y querido vecino, Manuel Cuenya, he revivido sentimientos y recuerdos para el encuentro y la memoria. Y todo gracias a su amor y cariño hacia nuestro pueblo y su gente.

Cabe recordar, también, la frase emotiva y constante que él siempre tiene presente y evoca en cada uno de sus escritos, coloquios y charlas: “el útero del Gistredo”, como si en ese útero –además del de su madre– hubiera sido engendrado y, por ello, parido para amarlo, disfrutarlo y llevarlo siempre consigo en su mochila por donde quiera que vaya.

Cuenya ha hecho que Noceda del Bierzo esté en el mapa de la comarca y la provincia con esos encuentros literarios que ha creado y que organiza en las fiestas patronales del mes de agosto. Seguro que en un tiempo no lejano, debido a su constancia y buen hacer, su talento creativo como escritor, narrador y literato, estoy seguro de que



aparecerá también reflejado en el mapa de España.

Cuando la cofundó y empezó por el pueblo montado en bicicleta haciendo subscriptores (recuerdo que estaba yo haciendo limpieza en la huerta, al lado de casa, ya que era la víspera de la fiesta del *Quince de agosto* y me la ofreciera) supe que aquello era un buen proyecto, una buena idea.

Le dije que me suscribiera y me la mandara a Madrid, aunque luego las recogía cuando regresaba al pueblo. Para mí fue como una bocanada de aire fresco lleno de oxígeno de esos valles y montañas donde me crié y por los que tanto anduve, hasta que me fui con



El autor con su hermano Ángel, Elsitá Arias y Emilio Cabezas.

dieciocho años a recorrer otros lugares, emprender otros sueños y realizar otros proyectos, como tantos jóvenes, vecinos y amigos de mi edad por falta de oportunidades en mi tierra.

Y ahora, después de haberla estado leyendo y disfrutando con esas historias y leyendas, reflexiones, poesías, anécdotas, dichos, refranes y chascarrillos tan entrañables y enternecedores sobre algunos abuelos muy mayores y tantos vecinos y amigos, siento muchas emociones compartidas.

Y tras invitarme a que escriba algo sobre mis recuerdos, lo hago encantado rebuscando en ese baúl lleno de tantas vivencias, en el que, cuando pienso y echo un vistazo hacia atrás, después de

sesenta y ocho años, me parece mentira qué deprisa ha pasado el tiempo y cómo se siguen conservando en la memoria esas huellas imborrables.



Benjamín con su hermano Luis, Pedro y Elsitá

El fútbol en Noceda

Para empezar, diré que todos los nombres de personas que menciono, incluso por sus apodos o sobrenom-

bres (en cursiva), lo hago con absoluto respeto y cariño, más que nada para que todo el mundo de Noceda sepa a quien me refiero.



Equipos de la época





Uno de mis mejores recuerdos, siendo aún muy niño, era ver jugar a aquel equipo de fútbol que tenía Noceda con Avelino *Cachelo* de figura, además de Antonio y Pepe *Furil*, Antonio y Pepe *Secundino*, Benito *Navarro*, Floro *Tubio*, Emilio *Ratón*, Miguel *Paulino*, Paco *el Jorge*, Pepe *Mateguines*, Toño *el Guarda*, Pepe y Venancio de Paz, Toño *Morugo*, Manolo *el Peine*, Pepe *Cubano*, Manolo *Mantecón*, Ángel de Paz y otros.

Recuerdo que Antonio *Furil*, en un despeje de balón, le pegó descalzo tal patada al balón que salió disparado y casi rebasa el barreo que hay a la derecha de Llamillas. Como fan de ellos, para mí, era el mejor equipo de Espa-

ña. Incluso el grandísimo César del Barcelona (hijo de madre *nocedense*, de abuelos y ancestros) jugó algún partido en el famoso y gran *estadio de Llamillas* con porterías de chopo, *humera* u otras maderas (que por cierto era también sobrino político de mi tía Encarnación —hermana de mi padre Felipe— que se fue a la Argentina).

Noceda era entonces la capital del fútbol del Bierzo.

La siguiente generación también tenía otro gran equipo. Algunos podían haber sido figuras si hubieran tenido apoyo o vivido en una ciudad con escuela de fútbol. Cabe destacar a Emilio y Paco *Sardinero*, ya que Paco jugaba en Baracaldo, Paco *Furil*, José Cabe-



zas, Antonio *Ferrocho*, Benito *Cubano*, además de Tomás *Cartero*, Alberto *Juanín*, Tomás y José-*Calistro*, Eduardo *Mudo*, Antonio *Cañin*, mis hermanos Luis y Ángel, Antonio *Pariente*, Santiago *Sardinero*, Lolo *Juanallas*, Maximi-

no *Losada*, Santiago *La Laja*, Avelino *Tejón*, Joaquín *Sanín*, Venancio *Pepoles* y otros.

Luego continuamos con la promoción siguiente, en la que también los había buenos, y en la que jugué con:



Alberto *Cartero*, Alberto *Federico*, Toño *Combrao*, Tago *Tortín*, Vicente *Bernardo*, Lolo *Carpintero*, Lolo *Tortín*, José *Pucheras*, mi hermano Pedro, Toño *Cubano*, Ángel *Sicoro*, Juanito *Primiti-*

vo, Pepe *Pariente*, José *Pepón*, Manolo *Cabezas*, Antonio *Bayón*, Lorenzo-*la Laja*, *Trosqui-Juanallas*, *Buri-Pescadero* y los muy jovencitos José *Jandrón*, Vi-
cente *Cachelo* y David *Furil*, hasta que



El autor en los dos equipos, el segundo de pie por la izquierda.



me fui a Barcelona con dieciocho años para luego regresar al Servicio Militar a Astorga, jugando algunos partidos, como también en el equipo de dicha ciudad de Astorga que estaba en Preferente y que me hizo una ficha hasta que volví a la Ciudad Condal.

Siendo un niño de diez o doce años, también recuerdo los bailes que disfruté en el “salón de invierno y la gran pista de verano” de Julián Cabezas, tras el bar de Queipes (con árboles frutales de los que el grupo de guajes dábamos buena cuenta) y que las mozas, por ser nuestras hermanas, bailaban, se cachondeaban y se divertían con nosotros -los zascandiles- mientras esperaban a sus príncipes. Por citar a algunas de aquellas mozas me vienen a la cabeza: mi hemana Milagros, Elena *Aurelio*, Elvira y Olina y Toña *el Pito*, Gelita *Domingo*, Carmen y Delia *Sicoro*, Conce y Gelita *Secundino*, Pepita *Pespín*, Luisa y Toña *Daniel*, Eloína *Quico Molinero*, Dora y Elvira *tía Antonia*, Encarna y Tina *Vicentina*, Milagros *Pepón*, Eloína *Ferrocho*, Neli Gil, Milagros y Veva *Cubano*, Vidalina y Tina *Paulino*, Adela y Benita *Pariente*, Virginia *Julianón*, Maruja y Ludivina *Reveza*, Aurora y Gelina *Carmelo* y otras más.

Transcurridos unos años, para las fiestas, ya traían buenas orquestas que

tocaban baladas y canciones de grandes grupos como los Bravos, los Sírex, los Brincos, Fórmula V, los Diablos, los Mustang, etc., todos ellos de mucho éxito en la radio y la reciente Televisión en Blanco y Negro.

Tanto los jóvenes y adolescentes del pueblo, como los que estaban fuera y regresaban de vacaciones, sentíamos la necesidad de ser modernos como en las ciudades o en el extranjero.

De la siguiente generación tomó el relevo Ernesto *Cubano* con su salón y también con la pista de verano, que lucía parrales y plantas con flores. Todo muy bonito. Un gran reclamo con aquel ambiente para muchos jóvenes de los pueblos de la comarca que venían a ligarnos las muy jovencitas y guapas mozas, que eran entre otras: Elsitita *Antonino*, mi hermana Elsa, Milagros y Toña *Severino*, Merce y Marisa *Lucas*, Josefa y Rosi *Primitivo*, Chelo Cabezas, Gela y Vidalina Cabezas, Eladia y Carmina *Mateguines*, Fina *Aurelio*, Geli *Manoleto*, Celina *Cartero*, Gelines *Pepón*, Toña y Maribel *Carmensito*, Otilia Gil, Esther *Mudo*, Josefa y Gelines *Coral*, Luci *Pesetero*, Mari *Cubano*, Luci *Caido*, Rosi y Josefa *Cachelo*, Esther y Gelines y Doni *Sicoro*, Neli *Quico Molinero* y alguna otra, más las de San Pedro y Río, que sería largo de enumerar.

Las fiestas

Además de las fiestas de Noceda, que eran muy concurridas y tenían gran éxito, y de las que disfrutábamos mucho, también íbamos a las de los pueblos vecinos andando a las Traviesas por la Grisuela o a San Justo y Cabanillas por la Quiruela con mi amigo de siempre Alberto *Cartero*, y Paco *Bayón*, Toño *Mudo*, mi hermano Ángel, Tomás *Antonino*, Toño *Gerundio*, José A. *Mateguines*, Toño Daniel, Esteban *Aurelio*, Juanito *Primitivo*, Aníbal *Balao*, José y Manolo *Carmelo*, Ángel *Sicoro* y tantos otros.



Aníbal y Lorenzo



José, Toño, Tomás, Alberto y Ángel (hermano de Benjamín)

Cómo no recordar las fiestas de aquellos años cincuenta: los bailes folclóricos tradicionales, que tocaban con el tambor y la chifla Antonio *Tamboriteiro* y Pepe *Mateguines*, con la gaita Antonio *Mateguines*, y, con la pandereta, Ángela *Secundino*, Ludivina *Pesetero*, Benita *Garbanza* y alguna más, entre otros bailes: la Jota, Dulzaina, Boleras y Corrido, que bailaban en el barrio de Vega unas 60 mozas y 50 mozos y, entre los tres barrios, sobre unos 300, más los que venían de otros pueblos invitados (inimaginable hoy), por citar algunas que recuerdo: Angelina *Garbanza*, Benilde y Encarna *Tamboriteiro*, Antonina y Pilar *Juan-*

sixto, Faustina *Juanín*, Araceli *Moreno*, Pilar *Engracia*, Obdulia y Asunción *Cazuelas*, Teresa *José Antonín*, Mercedes *Tejidos*, Antonina *Lucas*, Manuela *Carmensita*, Milagros y Veva *Cubano*, Consuelo y Hortensia *Julianón*, Gelines *Bautista*, Maruja *Rufino*, Isabel *Pespín*, Josefina *Morugo*, entre otras. Una diversión vital e imprescindible en aquellos tiempos.

En esos días también había otras diversiones: la carrera de cinta en bicicleta con expertos como Emilio *Genoveva*, Emilio *Ratón*, Pepe y Tomás *Zabaleta*, Manolo y Alberto *Paulino*, Ernesto *Cubano*, Emilio *Relojero*, además de la carrera de sacos, la rana, la



Pepe Mateguines tocando flauta y tambor

cucaña, el tiro al gallo, los bolos, el partido de fútbol y la ronda de bodegas para el ponche.

Nevadonas en Noceda

Tampoco se pueden olvidar los días de invierno con nevadas de treinta a cincuenta centímetros –impensable hoy–, teniendo que retirarla de la puerta de casa para poder salir a recoger agua, sacar las vacas a beber o ir a la huerta a recoger verduras para los animales o para ir a la escuela. O bien ir al bar –que era la única diversión– a tomar el café y echar la partida. En aquellos días invernales, las madres iban a lavar la ropa de rodillas en los lavaderos de las fuentes con las manos congeladas

y las rodillas y la espalda destrozada. ¡Qué mujeres madres coraje y trabajadoras había en el pueblo!; mientras que los chavales íbamos a la escuela con botas de goma (lo mejor eran las *galochas* –*mi padre las hacía en casa para todos*–). Por lo general, llevábamos calzados con los que se nos humedecían y nos mojábamos los pies. Sólo disponíamos de una sola estufa en el aula, que no alcanzaba para calentarnos, con lo cual nos quedábamos congelados. Por su parte, el maestro, en vez de enseñarnos, nos castigaba, dándonos con la vara en las orejas y las uñas, como si fuera una tortura, jajaja. La verdad es que sufríamos de lo lindo en medio de aquella rasca, de rodillas y con el libro en las manos.



Pepín, Toña, Toño, Merce, el autor, Carmina

Para quitarnos el frío y estar calentitos nos poníamos jerséis, chaquetas, bufandas y calcetines, que nuestras madres y abuelas nos hacían hilando con la rueca, el huso y las agujas de tejer. Nos resultaba divertido recoger los *chupiteles* de hielo que se formaban en la cornisa de los tejados –muchos de ellos de paja– para chuparlos a falta de helados, mantecados y polos, incluso emulábamos que eran espadas de gladiadores, con las que luchábamos, siempre con las manos congeladas.

Recuerdo que nos gustaba hacer muñecos de nieve en las huertas, llamas y prados para tirar al blanco o entablar una batalla a bolazos.

Aquellas noches oscuras, que brillaban con la blanca luna, eran para nosotros auténticos cuentos de brujas, zorros, osos y lobos que algún vecino –para atraer a esos animales que bajaban al pueblo en busca de comida o para entrar en los corrales– hacía un rastro con un trozo de carne –de algún animal muerto– por los caminos nevados hasta las inmediaciones del pueblo y, luego, les daba caza con alguna trampa o con un tiro de escopeta, para posteriormente pedir una recompensa por los pueblos, que hoy sería inaceptable. Al menos hemos evolucionado. ¡Qué tiempos!



Celebración del fútbol

La matanza del gocho

La matanza del cerdo (tan vital para alimentarse en los pueblos y poder seguir adelante las familias) era una fiesta que celebrábamos entre familiares y amigos. Con la ayuda de todos, incluso de los *rapacines*, le dábamos muerte, lo descuartizábamos, lo limpiábamos, dejándolo todo organizado, ya que el día en invierno era corto. Para unos días después hacer los chorizos, las morcillas y el botillo —tan sabrosos con los adobos que llevaban— y colgar todo en varales y ganchos con los jamones, lomos, tocinos, lenguas, el sebo, el unto, las cabezas y los morros —además de la cecina de vaca, el vecino que podía—, para luego ahumarlos a la lumbre durante un tiempo. También disfrutábamos de los chicharrones fritos con azúcar o en tortas de pan que hacían las madres. Y nos encantaban los magostos de castañas que los chavales hacíamos con el tambor colgado de la *pregancia* al rescoldo de la lumbre.

Mi madre, Josefa, cocinaba hace unos setenta años los chicharrones con la hornada del pan en el horno de los abuelos vecinos, los señores José *Petite* y Genoveva. Qué señora más buena, tierna y cariñosa. Como lo era su hija Olina (que hacía de enfermera y

matrona, además de amortajar a los fallecidos —colaborando también mi madre— a falta de estos servicios), Antonina y familias; también Antonino, Antonina y familia que jugábamos con Tomás, Elsitá, Toñita, César y Pepe y en verano, también, con Neli, Toño, Manuel y los pequeños.

Guardo de todos ellos buenos recuerdos y cariño así como de las Señoras Carmen y Flora *Zabaleta*, que querían mucho a mi madre, y viceversa; además de ser primas segundas. Yo también les tengo cariño, como a su hijo Paco *Bayón*; así como a Aníbal *Balao* y Venancio *Joseción* (por tantas cosas compartidas) que ya no están con nosotros.



Carmen Zabaleta



Olina, Antonina, sus familias en el callejón y el autor

Qué decir de los trabajos que hacíamos durante todo el año, aunque los inviernos eran más tranquilos. Los padres yendo a la mina andando o en bicicleta y luego en camiones —mi padre, Felipe, iba andando a la de las Traviesas—. Y las madres haciendo las labores de casa y atendiendo a las familias, que entonces eran muy numerosas, de una media de diez personas (nosotros éramos nueve: mis padres Felipe y Josefa, mi abuela Julia y los seis hermanos: Luis, Milagros, Ángel, Benjamín, Pedro y Elsita).

En los hogares todos tenían que cuidar del ganado: vacas y terneros,

caballo, cerdos, ovejas, cabras, conejos y gallinas; preparar y labrar las tierras de secano-regadío; plantar y hacer los sembrados y regar, escardar, cavar, podar y vendimiar; hacer las siegas de cereales o la hierba y trillar, majar y limpiar; recoger las variadas cosechas para el sustento personal y de los ganados; cortar *follacos* para comer los bovinos y quemar con la lumbre del invierno; segar el verde a diario para las vacas y ordeñarlas. Esto, desde los ocho añitos o antes ayudando en casa a la familia como la mayoría de los niños, y un largo etc., ya que en aquel tiempo apenas había maquinaria, y al cabo de algunos

años las obsoletas trilladora y limpiadora de Antonio *Mantecón* que sus hijos, Tomas y Pepe, manejaban como si fueran mecánicos ingenieros.

O cuando tocaba el turno vecinal para pastorear el rebaño de ovejas y cabras (con once o doce años, mucho frío, nieve y lluvia en invierno): por Llama la Seve y los Abidulares para sestear en los Conforcos o la Fuente Blanca, o ir por Llamalchopo-Redondiel, Arzadón-Praolascasas o Peñamur-Valtablao con Olina *Petite*, Flora y Carmen *Zabaleta*, Milagros *Guardia*, Marcelina y Araceli *Coral*, Milagros *Caído*, Josefa *Pepón*, Antolín *Antonino* o Marcelina *Sicoro*, entre otros. También iba a pastorear o ayudar en otras tareas por 25-30 pesetas con otros vecinos (que las metía en la hucha por tener ahorros para las fiestas y fines de semana, o ir a plantar pinos a la sierra —a veces andando ocho kilómetros— a las cinco de la mañana por algo más de jornal para entregarlo en casa y ayudar a mis padres). A pastorear siempre iba acompañado de la gran perra pastora Lola que, en una de tantas ocasiones que nos cruzamos con los lobos, estando con Marcelina *Sicoro* (¡qué gran persona, madre y mujer!) en Praolascasas apareció uno muy grande que llevaba enganchada por el cuello a una ove-

ja corriendo a su par. El lobo se paró, abrió la boca para amenazarnos con sus grandes colmillos y la perra Lola, Marcelina y yo también nos quedamos paralizados por tal escena. Luego reaccionamos con grandes gritos y, con un palo en la mano corrimos hacia él con Lola, el lobo, abriendo la boca y enseñando otra vez sus colmillos, echó a correr perdiéndose entre los matorrales y ella tras él ¡Una imagen inolvidable e imborrable como tantas otras!

Desde que tuve uso de razón también fui con las vacas con mi abuela Julia, que me cuidaba mucho—, y ya de adolescente —además de ir por los mismos lugares donde luego fui con las ovejas—, iba por los Campos, la Veigausana, Ciruñales, la Forcada, la Canalina, los Entralgos, el Gacho, Valdiquiso, la Veiga etc. con los Señores *Juansixto* y *Quico Moreno* (¡qué hombres más sencillos y entrañables!), y Aníbal *Balao*, Venancio *Josetón*, Paco *Bayón*, Lorenzo y Alberto *Cartero*, Lorenzo *Caído*, Tomás y Daniel *Luisón*, Toño y Esther *Mudo*, Pepita *Pespín*, Toña *Carmensito*, Conce y Gelita *Secundino* y varios más, que jugábamos al fútbol y a la estaca, nos contábamos cuentos y chistes, nos bañábamos o hacíamos carreras de caballos y tantas cosas.



Niñas de Noceda de la época a la puerta de la escuela

Cómo no recordar algunas anécdotas de abuelos que ya se fueron hace tiempo y otros no tanto, entre ellos: el centenario Señor Camilo por su deseo de tomar una copita de orujo los domingos en el bar, con aquellos cánticos y ojillos graciosos. O de los Señores Antonio *Guardia* y *Juansixto* por sus cigarros interminables —hechos con papel de librito y el tabaco a granel prendidos por el cordón-mecha con el fuego del *chisquero*— chupados y hechos una bola en la boca. Como los chistes del Señor Paco *Pachín*, siempre tan imaginativo y dicharachero.

Recuerdo las historias que nos contaba el Señor Lucas Cuenya a los pe-

queños, que nos hacía sentir mayores. O los cantares del Señor Quico *Moreno* subido encima de la burra, siempre con aquel humor. También ver al Señor Vicente de Paz, tan caballeresco montado a caballo con su flamante gorro que parecía Don Quijote. O la Señora Herminia, la lechera, con esa energía que transmitía repartiendo la leche por Bembibre cantando. Y el Señor Manolo Murias, que era un gran visionario y talentoso subido en bicicleta con su bigote y pelo al viento que parecía Albert Einstein. Como el Señor Secundino montado en su caballo Moro —de gran raza y carrera— a todo trapo por las Chanas o el Codesal. O la



Familia de Benjamín Arias: arriba José Luis y Milagros, segunda fila su madre Josefa con Elsitá, Ángel, su padre Felipe con Pedro, y abajo en el centro, Benjamín.

Señora Luisa Álvaro Furil con su gran caballo de raza, también, montada de lado encima del aparejo, al trote desde Bembibre, que eso era de grandes jinetes o acróbatas del circo.

También quiero nombrar a mis hermanos y hermana, que ya no están con nosotros. En fechas de los Reyes Magos de Oriente (a sabiendas de que los Reyes apenas paraban por casa) mi hermano José Luis, que pudo haber sido un gran artista pero no tuvo oportunidades, se las ingeniaba para inventar revólveres de madera, coches u otros artilugios que esa noche

y madrugada encendían mis sueños e ilusiones y las de mis otros hermanos para seguir soñando. O Milagros haciéndonos comidas sabrosas, bordados, cosidos o trapitos. Y Ángel siempre tan trasto, generoso, inteligente y fuerte que, por ser mi antecesor, me daba algunas buenas galletas, pero por desgracia no eran de Fontaneda. Para todos ellos en general como para los que no nombro por ser largo de enumerar, donde quiera que estén que nos estarán alumbrando, que nos esperen muchos años recordándolos.

¡Descansen todos en Paz!



A nuestra querida paisana berciano-porteña Isolina

Manuel Cuenya

En mi pueblo siempre oí decirle *Irsolina*. Con esa erre en medio



Isolina (foto cedida por su sobrino Javi)

le da como más sonoridad y glamur al nombre. Sea como fuere, Isolina o *Irsolina* se nos ha ido, acaso a tocar el arpa con el arcángel San Gabriel, que así dicen en México lindo y querido, pero ella se habrá ido a algún cielo argentino, al bonaerense, nomás, que allí/allá es donde vivía desde hace muchas décadas, tal vez más de sesenta años.

El fallecimiento de nuestra vecina (casi familiar) de la calle de la Parada en Noceda del Bierzo coincide casi casi con la muerte del astro del fútbol, Diego Armando Maradona, al que todo el mundo quiere velar, darle un último adiós, antes de ser sepultado. Así que la Argentina está de riguroso luto por uno de los más grandes futbolistas de la historia, acaso el más grande, el pibe, el fenómeno que ganó él solito un Mundial de Fútbol. Y elevó al Nápoles italiano a las cotas más altas. Dejé de ser futbolero hace tiempo (el fútbol aporta entretenimiento, nada más, el opio del pueblo), pero reconozco que

Maradona era una estrella en este deporte. Y siempre me han gustado los Mundiales, las *Eurocopas*, los grandes encuentros entre selecciones, incluso en la actualidad. Otra cosa, quede claro, es la vida privada de *El Pelusa*, que ahí ni entro ni salgo, porque, cada quien, vive como puede y le dejan. Que somos muy dados al cotilleo, a los chismes, a meternos donde nadie nos llama ni nos da bola, ni manija, ni siquiera vela de entierro. Qué tristes, los entierros. Y qué pena, tanto la muerte de Maradona como la de nuestra paisana (casi familiar) Isolina, la hija de Marcelino y Teresa, y la hermana de

Josefa, Sindo (ya fallecidos también) y Fines, que aún vive por fortuna en el útero de Gistredo. Mi gratitud a su sobrio carnal Javi por enviarme una *fortina* suya.

La última vez que Isolina visitó su pueblo natal de Noceda del Bierzo aún vivían Josefa y Sindo, incluso estaba mi padre con nosotros, hace ya de eso varios años. No recuerdo exactamente cuántos. Espero, en todo caso, que se haya quedado con buen recuerdo de la tierra que la vio nacer. Isolina fue una de tantas emigrantes/migrantes que diera Noceda del Bierzo a las Américas. Siempre he sentido afecto por la



El mítico Tortoni en Buenos Aires. Foto: Cuenya

Argentina, tal vez porque idealizaba, siendo un *rapacín*, aquel país lejano al que iban a hacer las Américas los noccendenses. O al menos emigraban en busca de un futuro dorado que su tierra les negaba.

En la Argentina —donde tuve la ocasión de viajar hace años—, aún siguen viviendo algunos descendientes de Noceda como es el caso de José Antonio González Rodríguez, quien además ha colaborado y colabora en este número con la revista *La Curruja*. Y en la Argentina también viven Abel Cuenya —a quien tuve la ocasión de conocer en el Bierzo—, el gran Américo Vázquez Vuelta, entrañable persona, escritor, médico, que de guajín estuvo en casa del hacendado Felipe (alias *Felipote*) como criado. Y en ese país exótico, donde los asados son una delicia gastronómica (asimismo se co-

men pizzas exquisitas, tan buenas o más que en Italia), también vivían los doctores Jorge Benozzi y Alejandro Verneró, a quienes se tragó el mar/la mar en una desafortunada travesía desde Buenos Aires a Río de Janeiro. Un recuerdo cariñoso para ellos, que me trataron con hospitalidad durante mi estancia allá. Del lado de allá. Jorge en Buenos Aires y Alejandro en su estancia de la provincia de Entre Ríos. Jorge y Alejandro eran grandes amigos del amigo y colega Eduardo Keudell, periodista y escritor argentino, ya berciano, con quien tantas aventuras compartiera en la ex Escuela de cine de Ponferrada.

El fallecimiento de nuestra querida paisana (casi familiar) Isolina me ha hecho rememorar tantas vivencias. Da la impresión de que, a partir de una edad, ya todos fueran recuerdos.



La cantina de las Traviesas

Javier Arias Nogaledo

Fueron varias las ocasiones, después de un día de excursión por la sierra de Gistredo o al volver de Pardamaza con los amigos, justo antes de llegar a Noceda, cuando hacíamos la última parada en Las Traviesas, en su cantina. Y digo cantina que no bar porque así era como se conocía el local de Alfonso y Victorina. Indudablemente suena más a pueblo, cercanía y confianza, nos gusta más.

Robledo de Las Traviesas es un conjunto de cuatro barrios separados, si acaso podemos decir que Villaverde y Trasmundo están más cercanos entre sí, pero Berciego y Robledo, que da nombre al pueblo entero, pareciera que fueran otros pueblos que nada tienen que ver con los dos primeros barrios, dada la distancia entre ellos. Digo todo esto porque la cantina fue el punto de unión-reunión de las gentes de los cua-



tro barrios, no importaba su lejanía. A su favor fue la única que funcionó alrededor de cuarenta años, si además de esto añadimos que más adelante, justo al lado, se abrió una tienda y se instaló un teléfono público dentro de la cantina, ya tenemos el imán para las gentes robledanas.

Tanto la cantina como la tienda fueron construidas por Alfonso y Victorina, pero hay más, un detalle y no precisamente menor. Al lado de la cantina, pared con pared, existió una ermita. Reflexionemos, ¿un bar pegado a una ermita o al revés? Los feligreses lo tuvieron claro y se decantaron por las reuniones sociales frente a las espirituales, tanto como que la ermita, llamada de San Juan, acabó abandonada, semi-



derruida y para más escarnio se utilizó como baño de hombres, eso sí para aguas menores. Durante muchos años se celebraron dos fiestas, en honor a este santo, en verano y en invierno. Al menos las dos figuras de los dos santos Juanes se conservan en la iglesia parroquial.

Curiosamente estos solares que Alfonso compró habían pertenecido a un conde, ¿quizás por un casual al famoso conde de Toreno, que llegó a ser ministro de Hacienda y presidente del Consejo de ministros, o acaso a un descendiente del conde? Ahí lo dejamos.

Como no podía ser de otra manera, primero la cantina y luego la tienda salieron adelante gracias al trabajo de Alfonso y Victorina. Mientras él compaginó su trabajo en la mina con el del campo, pidiendo previo permiso para trabajar en las tierras, ella se dedicaba a la casa, el campo, la cantina y los hijos, que fueron cuatro: Agapito, Mari Carmen, Salomé y Susana.

En cuanto pudieron las tres chicas echaron una mano a sus padres en la cantina y la tienda, así Mari Carmen nos cuenta que bien pequeñas servían el café subidas a una caja, lo cual nos remite exactamente a la misma anécdota que nos contaran Isa y Paco cuando escribimos del bar y de su padre, Paco “el fresquero”, perdón por la auto-cita.

Y es que, esto si lo recuerdo, la barra era de un cemento pulido, consistente, que llamaba la atención por su altura; con razón algunos parroquianos (de la cantina que no de la ermita) bromeaban con las hijas al decirles: “pero ponte de pie para servir, que no se te ve”.

La cantina tuvo servicio de comedor; cuando se construyó la Nacional VI Victorina daba hasta 25 comidas. Disponía de un local trasero que se utilizó como salón de baile, con gramola incluida, y fue también empleado como sala de cine.

Sirvió de hospedaje también para la familia de los *chafallos*, hay motes que lo dicen todo, en los días en que se cosechaba el pan cuando llegaban a Robledo con las cosechadoras. El complemento a la cantina fue la apertura, justo al lado, de una tienda o colmado donde todo tenía cabida, desde pul-

po, sardinas y atún en conserva a unas alpargatas o botas de monte. En opinión de su hija Susana, “fuimos unos chinos adelantados”. Y como en casa Bernardo, en Noceda, mucha gente compraba las cosas sin pagar y se anotaban en la libreta hasta que las deudas eran saldadas cuando la gente cobraba.

Y para rematar el dúo cantina-tienda se instaló un teléfono, la conexión con el mundo. Muchos vecinos lo utilizaron para llamar y recibir llamadas. Alfonso y familia se encargaban de dar aviso al vecino que era llamado por teléfono, que no es tontería ir desde Villaverde hasta Robledo, Berciego o al pico del barrio de Trasmundo...

Es curioso todo, en estos tiempos en los que somos esclavos del WhatsApp, la vídeo-llamada, la foto a todo dar, depender casi todo un pueblo de un único teléfono...

La cantina fue seguro lugar de buenos momentos e inolvidables recuerdos, en una foto que aquí reproducimos se ve a Victorina, bandeja en mano, de camarera, a su lado su hija Mari Carmen. Está datada el 5 de diciembre de 1964. Quizá fuera por esas fechas cuando fue a Noceda en caballo a por gaseosas Luciano, vecino y familiar. Al llegar a Robledo con tanto traqueteo reventaron todas.



Por esos años tuvo que ser cuando dos vecinos del pueblo estuvieron toda la tarde en la cantina, jugando a las cartas, para finalmente acabar peleándose. La pequeña Mari Carmen tuvo que avisar a su padre para separarles.

A Alfonso no le gustaba que apostaran o jugaran dinero, lo echaba al suelo y mandaba a la gente a casa.

Él y su mujer Victorina eran gente agradecida. En verano, en época de hierba o en la cosecha del trigo, algunos mozos les echaban una mano. En compensación eran invitados a unas viandas y bebidas en la cantina. Incluso a veces les regalaban alguna lata de chicharros.

La cantina se cerró en 1993, tras cerca de cuarenta años, como único bar del pueblo. Antes, sobre 1988, se había bajado la persiana a la tienda, habían llegado otros tiempos y la gente prefería ir a Bembibre, aunque otra sintió de veras su final definitivo. Con su cierre se perdió un poco la vida social del pueblo, que al menos durante los meses de verano era bastante intensa.

El rencor no hace feliz a la gente y vivir más allá de los 80 años es un regalo, son dos frases de Alfonso que sin duda suscribimos.

Alfonso y Victorina se murieron el



mismo año, el 2009. Se llevaron tan solo dos meses, de febrero a abril y solamente por el hecho de ser emprendedores en su pueblo y capaces de unir a la gente en su cantina y tienda merecen ser recordados.

Están juntos para siempre en el cementerio de Robledo de Las Traviesas, cerca de su hijo Agapito, un lugar con magníficas vistas.

Lo que uno no podía siquiera imaginar cuando paraba con sus amigos en la cantina es que iba a volver a este pueblo al lado del mío, Noceda, cada verano desde hace muchos años, pasear por sus caminos, charlar con sus gentes y disfrutar de su entorno con la familia.



Palabras de nieve sobre las montañas leonesas

Margarita Álvarez Rodríguez

*A todos los montañeses que contemplan la belleza de la nieve,
pero sufren también sus inconvenientes,
porque tienen que seguir espalando...*

Hace frío. El día está nublado, suspenso... Está de nieve. Pronto empiezan a caer unas *farraspinas* (*fallaspinas*, *falaspinas*). Parece que no va a cuajar, incluso deja de nevar un rato. Era solo un *turbón*. De vez en cuando, llegan nuevas *torbas*. El día sigue escuchón.

A la caída de la tarde comienza a nevar con fuerza. Ahora caen *falamos*, grandes copos de nieve, suaves, silenciosos, que dificultan la visión del paisaje. La nieve es seca, *fallusca*, así que se avecina una buena nevada. No es el momento de seguir *albentestate*, hay que recogerse en casa al amor de la



Noceda del Bierzo nevada. Foto. Cuenya

lumbre, teniendo cuidado de que la excesiva cercanía no provoque cabritas en las piernas o de que se esture la ropa o le salgan raposas.

Hay que trancar bien puertas y ventanas para que no entre la *cirria* por las rendijas y preparar todos los achiperres necesarios por si durante algún tiempo no se puede salir de casa. Ya una buena leña, con tueros, cepas de urces... está cerca de la *fornigüella* para atizar la cocina. Ya la matanza del *sanmartino*, curada o *ensareada*, está colgada de los varales de la cocina vieja o de curar. Ya cerca del puchero están preparadas las patatas para los cachelos, las habas rajonas, las berzas... y también el *llosco*, la *androya*, el tocino... para la ración. Ya está prevista la comida para los gochos y los *fiacos* (*fuyacos*) para las ovejas... Y, por si acaso, para añadir a la cama, un cobertor de pura lana del Val (de San Lorenzo), blanco como la nieve, con una nota de color en los extremos en forma de raya roja o verde.

Cuando a la mañana siguiente se mira por la ventana, se ve que todo está cubierto por una nevada de varios centímetros, a veces una auténtica *nevadona*. Ha caído una tangada de nieve. El paisaje parece que se ha cubierto también con ese cobertor de lana con

que nos abrigamos en la cama, pero su blanco es más *restroluciente*.

La nieve cubre las madreñas y no se puede salir con ellas a la calle, porque quedarían *atolladas* y *enturadas* en la nieve. Hay que armarse de botas y de pala y, espalando (*espaliando*), ir abriendo una *buelga*, un estrecho sendero donde quepan nuestras madreñas, para poder *afullancar* a través de la nieve y así salir al exterior o comunicar las distintas estancias del corral. Si los días siguientes están blandos, la nieve se va poniendo *trapazona* o champa. Eso anuncia que pronto se derretirá y comenzará el *desnevio*. Pero si son muy fríos y caen fuertes pelonas, la nieve permanecerá mucho tiempo en los *neveiros* o ñeveiros de los altos y en los lugares más bajos en que se formaron *trabes*, *trabancos* o *cirrias*. La nieve se pone nidia en los *resbaletes* y *resetinas* que se forman por las calles y los tejados se adornan con grandes y transparentes carámbanos, *carambiellos* o *chupiteles* que reverberan al sol. Algún *cachín* será desprendido de los tejados para ser llevado a la boca de un niño que lo chupa con fruición, como si se tratará del más sabroso helado. Y helado sí está, pero helado no es... Si la pelona se acompaña de *bufina* del norte, la friura *arfia* la cara y

nos pueden aparecer *empiñas*. Hay que protegerse con una buena bufanda o con los mantones o tapabocas de otra época. Tampoco sobran unos buenos calcetines de lana natural tejidos en casa con las *subinas*...ni unas amorosas y afelpadas zapatillas embutidas en los chanclos o las madreñas.

Cuando la nieve está muy seca hay que *enterrentar* la *fallusca* para que desaparezca antes, pues con la tierra encima se derrite más rápidamente. Los que no tienen miedo al frío aprovechan para *apello-car* con bolas de nieve, los *pellucos*, bien apretadas con las manos... Manos que se quedan entumecidas por el frío, que se combate echándoles el aliento.

La nieve presagia siempre un buen año. Ya lo dice el refranero po-

pular: *Cuando en diciembre veas nevar, ensancha el granero y el pajar. Buena es la nieve, si en enero viene. Con nieve en enero, no hay año austero. Con nieve en enero no hay año fulero.* Que se consuelen aquellos para los que la nieve, además de fuente de agua, es fuente de problemas...

Año de nieves, año de bienes...



Carambiellos o chupiteles. Foto: Margarita Álvarez

Emigrante

José Antonio González

*(Este relato forma parte de un libro titulado
Frutos de otoño, que el autor nocedense-argentino
José Antonio González nos ofrece gustoso
para incluir en esta revista).*

Soy emigrante, hijo y padre de emigrantes, llevo el desarraigo en la sangre. Formo parte de aquellas generaciones en que irse en busca de mejor futuro significaba poco menos que despedirse de por vida de amigos y familia. Por eso es que no puedo borrar de mi memoria aquellos momentos de la infancia que me marcaron por siempre. La noticia llegaba de Bembi-bre: había que viajar a Vigo esa misma noche para terminar los trámites del embarque. Todo empezó a transformarse, la casa llena de gente y el apuro por empacar los regalos que traían los vecinos para las familias en Argentina, casi siempre, botellas de coñac, jamón o chorizos.

La hora se aproximaba y las emociones invadían la casa. Mi madre, acaso para aliviar la pena, me manda junto

a mi hermana Esther a despedirnos de algunos vecinos y amigos. Así recuerdo llegar a la casa de Ángel, el de Sicoro, y al intentar decirle que nos íbamos, no pude expresar palabra alguna. Otros amigos como José Travieso, Antonio Arias o César (el de Blas) quedaron sin visita. Esa sensación de alegría por el viaje que nos llevaría al encuentro con mi padre, emigrado un año antes, y esta separación de los afectos de siempre se fue acentuando a medida que llegaba la hora. En ese momento, la casa desbordaba de gente, pero había una persona que me retenía y atraía hacia ella. Mi abuela Asunción, ciega desde mi nacimiento, permanecía sentada en la punta del escaño que amueblaba la cocina, en silencio, secándose cada tanto la humedad de sus inútiles ojos. La veía sufrir, la contemplaba y

deseaba encontrar algo que aliviara su dolor, por eso en mi ingenuidad de niño y, creyendo que no lo notaría por su ceguera, me marché sin despedirme de ella. Esto me torturó durante los doce años que tardé en reencontrarla y pude expresarle el motivo de mi falta. Después vino la llegada a Vigo y la estadía de tres días junto a mi madre, mis hermanos, el tío Toño y el abuelo José para la despedida final. Todo era nuevo, distinto. Las calles, el tránsito, el puerto, la gente, y aquel enorme transatlántico —el Cabo San Roque— nos esperaba, increíblemente para mí, flotando sobre el agua.

Por primera vez subía a un barco.

Desde aquella cubierta, también por primera vez, vi lágrimas sobre el rostro de aquel hombre rudo, héroe de mi infancia que llenaba tantos momentos con historias de su vida. Por fin, los pañuelos blancos agitándose cual mariposas y aquella canción que salía de los altavoces: “Adiós mi España querida, dentro de mi alma te llevo metida...”. Quince días de sol y mar, un mundo nuevo. Algo que hoy podría semejar-se a un crucero de placer, era entonces un drama donde se dejaba todo, o casi todo, con la esperanza de un mejor porvenir. Así lo había pensado mi padre para nosotros, a pesar de su disgusto por no adaptarse a Buenos Aires. Pero



Familia de José Antonio González. Archivo del autor.

si no le fue fácil a él, tampoco lo fue para su mujer y sus hijos, sobre todo para los mayores, que contábamos con diez y once años. ¡Hasta el agua sabía diferente! En la escuela nos enseñaban que los “rebeldes” que habían provocado la caída de nuestro imperio eran los próceres de estas tierras. A los españoles de cualquier parte nos llamaban gallegos, a los pardales gorriones, a las patatas papas, “coger” era palabra prohibida y las letras C, Z y S tenían la misma pronunciación. Además, me hacían hablar en la escuela porque les parecía gracioso. Las diferencias eran notables y a veces incomprensibles. ¿Cómo era posible que no conocieran a la Cultural y que además dijeran que Amadeo Carrizo era mejor portero que Zamora o Ramallet? Más de una vez esas diferencias se resolvieron por la convicción de los puños. Más tarde comprendí lo que significaba ser español en estas tierras y me sentí orgulloso. Cuando necesité salir en busca de trabajo, la sola invocación de mi origen abría puertas negadas para otros,

seguramente aceptadas por antecesores que supieron ser buena gente. Quizás fuera esa la razón que hizo que aquellas disputas juveniles fueran cediendo paso a la integración, al punto de haber formado mi propia familia argentina, y hoy me río con nostalgia cuando con alguno de mis hijos polemizamos si es mejor Del Potro o Nadal.

La síntesis de esta historia podría tener un final más feliz, pero la vida del emigrante parece condenada a convivir no solo con su nostalgia. Las circunstancias que llevan a las personas a abandonar sus raíces pocas veces tienen que ver con su aptitud o capacidad, sino que son causadas por cuestiones ajenas que le imponen a la fuerza.

Hoy me toca a mí despedir a mis hijos y repetir un ciclo interminable de familias partidas y repartidas que buscan en lejanías un futuro mejor. Es cierto, las despedidas son diferentes, como lo son las distancias también. Diferente es el dolor del que se va, al de aquel que se queda, reviviendo su pasado.



Molinos de oro. Noceda del Bierzo - Taramundi

Víctor Rodríguez

Noceda presume de tener una ristra de molinos movidos por la abundante agua que discurre por sus presas y acequias. El agua y el grano eran la base de la economía y la alimentación en zonas rurales, siendo el trigo como el oro, moneda de cambio y trueque. Pero hay lugares en los que los molinos son el motor del turismo rural, generadores de ingresos y de puestos de trabajo en tiempos de crisis, con una exposición sencilla y amena. Los molinos son testigos del progreso tecnológico del hombre en las zonas rurales. Un ejemplo a imitar es el Museo Etnográfico de Mazonovo y Os Teixois en el pueblo de Taramundi, a 18 kilómetros de Vegadeo (Asturias). En ellos se exhiben distintos modelos de molinos que ha utilizado el hombre, evolucionando desde el que



molía el grano machacándolo sobre una piedra hasta los de aspas verticales y horizontales. En Mozonovo confluyen dos ríos, el que alimenta este museo y el que surte de agua a Os Teixois. La musicalidad del agua ambienta el recinto y el recorrido del río y la presa hasta el embalse. Si a ello se unen las lágrimas de los árboles en días de lluvia, el paraje resulta bucólico, armonioso y acogedor. La visita comienza con un documental sobre la evolución de los molinos, su conservación y mantenimiento. Y continúa con el recorrido por cada uno de ellos, permitiendo ponerlos en funcionamiento como si fueras el molinero. Esto colmaba la curiosidad de los niños y mayores. Además, con el número de la entrada, tienes la oportunidad de participar en un sorteo de lotería.



Foto Cuenya

En Os Teixois, próximo a Mazonovo, el bosque, el paisaje y el río resultan paradisíacos. Es como el complemento de Mazonovo, con una fragua que emula a la Herrería de Compludo, antigua fragua en el Bierzo. Culmina con un artefacto, compuesto por tablones, unos postes y unas mazas, de madera, que, movido por la fuerza del agua, golpeaba los *feijes* de lino para propiciar su uso en telares. Unos cobertizos de madera y paja han sido convertidos en merenderos, bar y restaurante, teniendo que reservar

hora para poder comer el cordero o el cabrito a lo casero. Esta imagen me devuelve a Noceda, donde la presa que nace en el Mouro mueve una serie de molinos, parte de los cuales han sido restaurados y pueden verse en funcionamiento.

Los molinos de los Pozos, así llamados porque a sus lados había unos pozos en los que se sumergía el lino para abastecer a los telares que entonces abundaban en Noceda, todavía conservan una especie de círculo de piedra a su lado donde retienen agua,

como testigos de aquellos pozos para el lino. En la cabecera de la presa (en el Mouro) se encuentra la que conocemos como la Fábrica, que superaba la capacidad de los molinos al poder mover varias ruedas de molino a la vez y que hoy se encuentra paralizada y únicamente mueve una serrería y produce luz para autoabastecerse. Podría ser interesante, para fomentar el turismo en Noceda, conexionar la ruta de los molinos con la fábrica, constituyendo en ésta el núcleo del Museo y complementándola con un restaurante

-merendero, cuya especialidad fuera la trucha en verano y el botillo u otros productos de la tierra en invierno. Si esto se coronara con la construcción de un embalse en la Custrolla, aprovechando la concentración parcelaria, podría competir con Taramundi. Comprobé asombrado cómo a un lugar tan agreste, y con motivo de unos molinos, acudían tantos visitantes y comensales en un día lluvioso. Es cuestión de iniciativa y proyección de futuro.

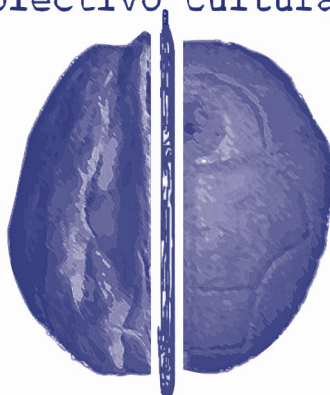


Taramundi. Foto Cuenya



Café Bar Paco
C/ Arcos, 28
Tlf.: 987 517 158
24319 Noceda del Bierzo
(Paco)

Colectivo Cultural



LA IGUIADA
www.nocedadelbierzo.com



DIPUTACIÓN
DE LEÓN



INSTITUTO
LEONÉS DE
CULTURA



AYUNTAMIENTO
DE NOCEDA
DEL BIERZO